

ASSASSIN'S  
CREED®  
HEREJÍA





Christie Golden

ASSASSIN'S  
CREED®  
HEREJÍA

*Traducción del inglés de Paz Pruneda*

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Golden, Christie

Assassin's Creed : herejía / Christie Golden. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2017.

368 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Paz Pruneda.

ISBN 978-950-02-0924-3

1. Narrativa Juvenil Estadounidense. 2. Novela. I. Pruneda, Paz, trad. II. Título. CDD 813.9282

*Assassin's Creed. Herejía*

Título original: *Assassin's Creed. Heresy*

Edición original: Penguin Group Ltd., London, 2016

© Christie Golden, 2016

© Ubisoft Entertainment, 2016

© De la traducción: Paz Pruneda, 2017

© La Esfera de los Libros, S. L., 2017

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: junio de 2017

1ª edición en Argentina: diciembre de 2017

ISBN 978-950-02-0924-3

Impreso en Printing Books  
Mario Bravo 835, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en diciembre de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
Libro de edición argentina.

## Prólogo

**E**l frío de la noche otoñal se deslizó a través de la fina camisa del hombre mientras corría, sus pies volando, primero sobre el camino de cemento, y luego por encima del cuidado césped del jardín de la azotea. *¿Por qué me he subido aquí?*, pensó, precipitadamente y demasiado tarde. *Soy una maldita rata atrapada en una trampa.*

Los Templarios iban tras él.

Sabían dónde se había encaramado. Y también sabían, al igual que él, que aparte del ascensor y las dos escaleras por las que ahora estaban emergiendo con un sombrío y silencioso propósito, no existía otra salida desde ese tejado.

*Piensa. ¡Piensa!*

Pensar lo había salvado en otras ocasiones, muchas veces. Siempre confiaba en la lógica, en la razón o en el análisis para resolver cualquier obstáculo que la vida con su sádico humor le ponía por delante, pero ahora eso no le serviría de nada.

La letal percusión de disparos detonó tras él. *Árboles*, le gritó su mente racional, y la lógica lo salvó. Cambió de dirección, moviéndose en zigzag para convertirse en un objetivo impredecible, ladeándose erráticamente como un borracho hacia los árboles, setos, estatuas y los ahora cerrados puestos de helados y bebidas que lo protegerían contra la lluvia de balas.

Pero eso solo retrasaría lo inevitable.

Sabía demasiado bien de lo que eran capaces los Templarios. Y sabía lo que querían. No pretendían interrogarle ni capturarlo. Iban tras él para matarle y, por tanto, muy, muy pronto, sería hombre muerto.

También él portaba un arma, una antigua y poderosa. La Espada del Edén, por cuya posesión se habían peleado tanto Templarios como Asesinos durante siglos. La había utilizado poco antes. Pero ahora estaba sujeta a su espalda, con su peso tranquilizador y reconfortante, y ahí seguiría. Ya no podía servirle.

Los Templarios tenían un único propósito, exclusivamente centrado en el dominio y la muerte —la suya—. Solo había una escapatoria, y sería un maldito milagro si funcionaba.

El corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho, sus pulmones temblaban, su cuerpo había sido llevado hasta el límite porque, al final, no era más que un ser humano, ¿no es cierto? Poco importaba la clase de adiestramiento que hubiese tenido, poco importaba la clase de ADN que corriera por sus venas. Sin embargo, no frenó su carrera, *no podía* hacerlo, no podía permitir que ese cerebro lógico, analítico y racional suyo interrumpiera las señales enviadas desde lo más hondo de su primitivo instinto de supervivencia. No podía dejar que su cerebro dominara su cuerpo.

Porque su cuerpo sabía lo que se exigía de él. Y sabía cómo hacerlo.

La rama de un árbol reventó justo a su lado. Las astillas arañaron su rostro, haciéndole sangrar.

El destino pretendido por los Templarios que iban tras él era ciertamente desolador. El muro de piedra que rodeaba el borde del jardín de la azotea de la oficina londinense de Industrias Abstergo le ofrecía una improbable y desesperada oportunidad.

Si tenía fe para llevarla a cabo.

No redujo el paso. Cuando se aproximó al muro, se lanzó hacia adelante, salvándolo como un atleta en una prueba de salto, sus largas piernas pedaleando en el aire mientras arqueaba su espalda, extendía los brazos... y volaba.

La luz de las antorchas oscilaba sobre los muros de piedra de la habitación, arrojando grotescas y distorsionadas sombras sobre la puerta de madera reforzada con pletinas de hierro y el retrato tamaño natural del más importante Gran Maestro Templario que hubiese existido nunca. El Postulante, ataviado con una túnica blanca bajo una segunda y más gruesa capa roja, levantó la vista hacia la imagen del rostro de barba blanca que lo contemplaba con ojos amables y pose firme.

Una voz rica, serena y profunda rasgó el silencio.

—Jacques de Molay fue el último Gran Maestro público de la Orden de los Caballeros Templarios. Fue acusado falsamente de herejía por hombres sin escrúpulos. Hombres interesados no en la mejora de la humanidad sino solamente en sus propios y egoístas deseos. El mejor de nosotros declarado culpable de los peores crímenes; crímenes que no había cometido. Sus enemigos, y la historia, creen que la Orden murió con él. No fue así.

El Maestro Templario dio un paso al centro de la cámara para colocarse junto al Postulante.

—Jacques de Molay sufrió una muerte muy dolorosa para que la Orden pudiera vivir segura y en el anonimato, siendo conocida solamente por aquellos que también darían gustosos su vida por ella.

El Postulante miró los oscuros ojos del Maestro.

—Sed humilde como el polvo e inmóvil como la roca —declaró el Maestro.

Alargó una mano enguantada y señaló hacia el suelo de mármol. El Postulante se tumbó hasta que su rostro estuvo contra el frío suelo, los brazos extendidos a ambos lados en forma de cruz.

—Atravesaréis las sombras de la noche con la única compañía del Padre del Entendimiento. Que él os despoje de todo aquello que no fortalece a la Orden, y os revista de certidumbre. Que os vacíe y colme de propósitos. No durmáis, no soñéis. Cuando el día amanezca, vendremos a buscaros. Si encontramos que sois digno, os elevaremos. Si descubrimos vuestras carencias, os volveremos la espalda. Que el Padre del Entendimiento os guíe.

El Postulante escuchó el sonido amortiguado de pisadas y a continuación el crujido y el fuerte portazo de la puerta cuando fue cerrada con llave.

Estaba solo, con una única salida a través de esa puerta, como miembro del Santuario Interior.

Si fracasaba... Pero no. Ni siquiera consideraría esa opción.

No había peligro de que se quedara dormido. Las antorchas proporcionaban luz, pero no calor, y el mármol parecía absorber la calidez de su cuerpo a pesar de la doble capa de ropajes del ritual. El tiempo, distante y sin prisa, fue alargándose imperturbable ante la incomodidad del hombre. Después de lo que pareció una eternidad, por fin se escuchó el bienvenido tintineo de la llave maestra en la cerradura. El Postulante fue alzado por los brazos reprimiendo un gemido de dolor; haber yacido inmóvil durante varias horas en ese despiadado suelo de piedra le había pasado factura.

Siguió en silencio a la pareja que le había puesto de pie, tambaleándose por el suelo de piedra, que ahora era de dura pizarra. Pasaron bajo una puerta en arco de ladrillo y roca. Grandes troncos de árbol flanqueaban el estrecho ascenso hasta desaparecer en la oscuridad, extendiéndose más allá del alcance de la débil luz de las antorchas que titilaba en los candelabros.



Unas figuras envueltas en túnicas y encapuchadas aguardaban. Aunque cada una sostenía una vela de cera de abeja, sus rostros permanecían envueltos en la oscuridad, excepto por el destello de sus ojos atrapado por la luz de la llama.

—El cuerpo humano tiene su corazón —entonó el Maestro Templario—. La tierra tiene su núcleo. Todas las cosas tienen su centro del que procede su fuerza más profunda. También la Orden Templaria tiene su Santuario Interior. Nueve miembros deben ser, tres veces tres; seréis el noveno si sois digno de ello. Ahora, habladnos de las tres grandes verdades que habéis aprendido sobre la Orden durante vuestra vigilia.

La pregunta sorprendió al Postulante. Durante un instante su mente se quedó en blanco, antes de poder responder.

—He aprendido que el conocimiento genuino solo llega a aquellos que realmente ansían encontrarlo. He aprendido que el poder debe ser ostentado por aquellos que se hallan por encima de la lucha, pues solo ellos pueden ver el entramado del diseño. Y he aprendido que la sabiduría es la ejecución del poder guiada por el conocimiento y el entendimiento.

Nadie dijo una palabra, pero algunos de los miembros del Santuario Interior intercambiaron miradas entre sí.

El Maestro Templario continuó:

—Al igual que los miembros de la Orden son escasos en el mundo, aún más excepcionales son aquellos elegidos para unirse al Santuario Interior. Ya habéis jurado obedecer los principios de nuestra Orden y de todo aquello que defendemos. ¿Estáis dispuesto a viajar aún más profundamente a nuestro núcleo, y trabajar hombro con hombro junto al puñado de hombres que moldearán el mundo de la forma adecuada? ¿Juráis guardar silencio para siempre sobre lo que aquí sucede, compartir total y completamente lo que sabéis con el Santuario Interior, y no actuar nunca contra la esencia de todo lo que significa ser un Templario?

—El Padre del Entendimiento me ha guiado en todo esto, como así lo juro —replicó el Postulante.

Durante un largo instante, el Maestro permaneció en silencio. Luego, asintió. Los otros acercaron al unísono las velas a sus rostros, permitiendo que pudiese contemplarlos.

—Ahora sois miembro del Santuario Interior.

El Maestro Templario dio un paso adelante y colocó un alfiler en la pechera de la túnica del Postulante. La larga aguja de plata estaba labrada en forma de espada, con una cruz con un rubí insertado en el centro sobre la empuñadura de esta. Además de un adorno, la afilada punta del alfiler estaba impregnada de una toxina. Debía ser utilizada contra un enemigo en caso de ataque... o usada contra sí mismo si era necesario. Cuando el alfiler estuvo en su lugar, los Templarios apagaron la llama de sus velas.

—Vuélvete y saluda a tus hermanos, Simon Hathaway.

Las antorchas, describiendo sutiles hologramas de fuego, fueron extinguidas instantáneamente y los candelabros retrocedieron suavemente hasta introducirse en los nichos esculpidos en los grises muros de pizarra. Unas pequeñas portezuelas se cerraron de golpe para ocultarlos. La luz fue surgiendo, tenuemente al principio, para que sus ojos pudieran adaptarse. La estructura de piedra del muro de su izquierda se deslizó a un lado con un leve zumbido, revelando un mapa del mundo con pequeñas luces centelleantes. Cada color representaba un área de actividad diferente de las Industrias Abstergo y de la Orden Templaria.

Las capuchas fueron echadas hacia atrás y las túnicas rituales retiradas mientras el Santuario Interior recibía al nuevo miembro de la Orden. Simon se tomó un momento para pasar su mano sobre el grueso tejido de su atuendo ritual. Estaba confeccionado a mano: el proceso de esquila, cardar, darle la vuelta al paño y teñir la lana, realizado por personas, no por máquinas. Y los bordados... Simon sacudió la cabeza, asombrado ante el esfuerzo realizado para recrear una prenda que algún día vestiría en la iniciación de un nuevo miembro del Santuario Interior, y asegurarse de que fuera lo más semejante a la llevada por

los Templarios en siglos pasados. Como historiador, valoraba más que nadie el esfuerzo hecho a favor de su autenticidad.

Cambió a regañadientes su atuendo por la chaqueta de su traje, volviéndose hacia sus nuevos camaradas. Todos ellos le eran conocidos en mayor o menor medida: Laetitia England, ejecutiva de alto rango en la División Operativa, quien, a pesar de su apellido, era en realidad una norteamericana que operaba desde Filadelfia. Mitsuko Nakamura, directora de Investigación de Linaje y Adquisición, que dividía su tiempo entre la oficina de Filadelfia y el campus de Abstergo en Roma. Simon la envidiaba profundamente por ello. En Abstergo, «adquisición» tenía un sentido diferente al de otras compañías. El término se refería a la puesta a prueba de sujetos que pudieran ser apropiados para el Animus, una gloria tecnológica que él aún no había experimentado.

Simon estaba más familiarizado con el exageradamente jovial Álvaro Gramática, de la División de Futuras Tecnologías, y el despiadado Juhani Otso Berg, actualmente destinados en la otra punta del globo. No pudiendo estar presentes físicamente, habían presenciado, sin embargo, la iniciación de Simon y sus rostros miraban ahora hacia la habitación desde un par de enormes y elevadas pantallas.

Los dos hombres habían trabajado con el predecesor de Simon y su jefe, la difunta Isabelle Ardant. Isabelle había muerto a manos de un Asesino hacía poco más de un año. A Simon no le gustaba especialmente; en realidad no le gustaba ni le disgustaba especialmente *nadie*, pero habían asistido juntos a Cambridge, y creía firmemente que un compañero Templario de universidad no debería morir apuñalado por la espalda por alguien demasiado cobarde para hacerle frente. Por ese motivo, albergaba cierto resentimiento hacia Berg, encargado de la seguridad de Isabelle la noche en que murió, y quien realmente debería haber impedido su asesinato.

También estaban presentes David Kilkerman, sustituto del fallecido y (al menos para Simon) poco llorado Warren Vidic

como cabeza del Proyecto Animus, y Alfred Stearns. Kilkerman era alto y corpulento, de risa estruendosa y frecuente; sin embargo, las redondeces alrededor de su cintura de ningún modo indicaban una naturaleza suave. Stearns era el miembro de más edad del grupo de nueve. Había sido responsable de erradicar prácticamente en su totalidad la amenaza Asesina a la vuelta del siglo, en una acción Templaria conocida como «la Gran Purga». Ahora se había retirado y Laetitia había ocupado su puesto como jefe de Operaciones, pero aún seguía siendo un miembro altamente valorado del Santuario Interior. Los dos se estrecharon la mano educadamente. Aunque Stearns era ya un octogenario, calvo, con una corta y nivea barba, Simon lo consideraba tan peligroso como a cualquiera que hubiese conocido en toda su vida.

Agneta Reider, directora ejecutiva del Grupo Financiero Abstergo, era otro de los miembros a los que Simon veía por primera vez. Parecía simpática y agradable, exactamente el tipo de persona que a uno le gustaría ver al timón de un brazo tan vital de Abstergo.

Y por supuesto estaba Alan Rikkin, director ejecutivo de Industrias Abstergo, y el Templario más importante que Simon conocía. Bueno, o al menos que él *supiese*. Uno nunca estaba seguro de esas cosas cuando se trataba de la Orden.

Rikkin era la cara pública de Industrias Abstergo. Simon no podía imaginar a nadie mejor. De una inteligencia feroz, mostrando siempre una conducta absolutamente controlada, Rikkin dirigía y atraía la atención del mundo cuando hablaba.

La puerta se abrió y aparecieron dos carritos. La mística de las épocas pasadas dejó paso a la agradable y ordinaria cháchara y al tintineo de tazas, platos, cuchillos y tenedores a medida que el Santuario Interior se preparaba para celebrar un tradicional y completo desayuno al estilo inglés. En apenas unos segundos fue como si el ritual, tan anclado en la tradición, hubiese tenido lugar siglos atrás y no en pleno siglo XXI.

—¿Qué te parece tu nueva oficina, Hathaway? —le preguntó Mitsuko Nakamura.

—Aún no estoy instalado —contestó Simon. Hurgó en el bolsillo de su chaqueta buscando sus gafas de montura metálica y se las colocó en lo alto de su nariz aguileña—. Pensé que sería prudente asegurarme de ser aceptado primero en el Santuario. Así me ahorro el problema de tener que recoger mis cosas dos veces.

Más risas.

—Muy práctico —comentó Álvaro Gramática, su demasiado jovial rostro llenando la pantalla.

Isabelle a duras penas había logrado soportarlo, y Simon debía admitir que Álvaro caía claramente en el apartado de «desagradable» en su propia escala personal. Ahora que Simon era el jefe de Investigación Histórica, tendría que ver al presumido y siempre sonriente Gramática con mucha más frecuencia. Qué suerte la suya.

—Un rasgo que espero convertir en lema en mi departamento —respondió educadamente Simon, mientras hundía una tira de pan crujiente perfectamente frito en la dorada y anaranjada yema de su huevo.

—Estuvimos examinando los archivos de Isabelle y tu nombre apareció varias veces —declaró Rikkin—. Conseguiste impresionarla, una hazaña nada sencilla.

—Gracias, señor. Me siento halagado. Isabelle era muy buena en lo que hacía, y yo trataré de servir a la Orden igual de bien en mi propio estilo.

—Suenas como si no aprobaras cómo dirigía Isabelle su departamento.

Aunque todos los demás, incluyendo los norteamericanos, estaban bebiendo té durante el tradicional desayuno inglés, advirtió que lo que Rikkin removía con una lustrosa cucharilla de plata era café. Sus ojos oscuros no abandonaron en ningún momento el rostro de Simon.

Depositó su taza en el frágil platillo con un leve tintineo y se dirigió a su patrono.

—Si bien respeto el método de Isabelle, yo soy muy mío y tengo un ángulo nuevo que me gustaría introducir.

—Continúa.

*Allá vamos*, pensó Simon.

—En primer lugar..., soy historiador. Esa es mi fortaleza y mi campo de especialización. Después de todo, la división está centrada en la exploración y el análisis de la historia.

—Para ampliar los objetivos de la Orden —aclaró Laetitia.

—Muy cierto. Creo que un retorno a las raíces del departamento podría beneficiar tremendamente a la Orden, y aquí está la razón.

Simon desplazó su silla hacia atrás y, acercándose a uno de los muros, presionó un botón. La pared se deslizó hacia un lado para revelar un brillante tablero blanco y varios rotuladores de colores.

—Simon, eres la única persona que conozco que aún utiliza una pizarra blanca como presentación —se lamentó Kilkerman.

—Cállate, David, o tendré que solicitar una pizarra de tiza y pedirte que te ocupes de los borradores —replicó Simon.

El comentario fue recompensado con unas cuantas risas, siendo la más enérgica la de Kilkerman. Simon escribió *DIVISIÓN DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA* en la pizarra, retrocedió, examinó las palabras y enderezó un poco la «T» de *HISTÓRICA*.

—Y ahora veamos. Nuestra mayor herramienta es el Animus. —Hizo un gesto de asentimiento hacia Kilkerman mientras hablaba. El actual jefe del proyecto alzó su tostada con mermelada en solidaridad—. Todos sabemos lo que hace; accede a la memoria genética de los sujetos, centrándose en determinados antepasados y de ahí en adelante. Tengo entendido que hay un flamante nuevo modelo disponible para su uso, ¿no es cierto, David?

—Así es —contestó Kilkerman enderezándose—. Un gran paso adelante en la tecnología, nuestro modelo número 4.35. Hemos eliminado virtualmente los efectos colaterales tales como náuseas y dolores de cabeza. Y además hemos descubierto el modo de hacerlo aún más integrador.

—Personalmente me siento muy emocionado de oír eso, y en un momento entenderéis por qué —dijo Simon.

Se volvió de nuevo hacia el panel y escribió la palabra *ANIMUS* en un brillante color rojo. Dibujó dos flechas debajo formando ángulo hacia la izquierda y la derecha.

—Hasta ahora hemos estado utilizando el Animus principalmente para reunir un tipo específico de información, la localización de Fragmentos del Edén.

Los Templarios tenían una única tarea —guiar correctamente el desarrollo de la humanidad—, y muchas herramientas con las que conseguirlo. Los Fragmentos del Edén eran quizá las más importantes. Constituían las reliquias de una civilización conocida indistintamente como los Isu, los Precursores o la Primera Civilización. Estos no solo antecedieron a la humanidad, sino que, de hecho, la crearon y, por algún tiempo, la esclavizaron. Los restos de la tecnología Precursora tenían el potencial de garantizar a sus usuarios una diversidad de habilidades y poderes sobre los demás. Su valor eclipsaba las calificaciones más comunes de «histórica» o «monetaria». La Orden Templaria podía perfectamente presumir de tener la mayor colección del mundo, aunque no poseía muchos de esos inapreciables artefactos, y una buena parte de los artículos de la colección estaban rotos o eran inutilizables.

—Una vez que se conocía la existencia de un Fragmento del Edén —continuó Simon— gracias a, digamos, una mención en un antiguo manuscrito o a través de una persona asociada con alguno, emprendíamos su búsqueda.

Debajo de la flecha izquierda que surgía de la palabra *ANIMUS* escribió: *INFORMACIÓN*. Y bajo esta, anotó *1. Fragmentos del Edén y, por debajo, a) Localización*.

—Esa búsqueda consistía, entre otros métodos, en utilizar la vasta red de material genético vivo a nuestra disposición, lo que también se conoce como los valiosos clientes y leales empleados de las Industrias Abstergo. —Simon escribió *i. Clientes y Empleados* debajo de *a) Localización*.

»Nuestra segunda rama de investigación implicaba conocer más cosas sobre nuestros antiguos enemigos, los Asesinos. Y necesitábamos el mismo tipo de información que con los Fragmentos del Edén, la habilidad para detectarlos en la actualidad.

Simon escribió 2. *Asesinos*, y a continuación, como había hecho antes, las palabras a) *Localización*, i. *Cientes y Empleados*.

—De acuerdo, todo eso está muy bien, es absolutamente extraordinario, y ha sido de gran ayuda para incrementar tanto la influencia de la Orden como la auténtica razón de ser de nuestra compañía.

—Advierto un «pero» en todo eso —interrumpió Reider.

—Espero que no estés sugiriendo que abandonemos esa línea de investigación... —La voz de England sonaba engañosamente suave.

—En absoluto —le aseguró Simon—. Pero creo que el Animus puede hacer mucho más por la Orden. Hay un aspecto de él que aún no hemos explorado. Uno que creo que podría, con el tiempo necesario y siendo cuidadosamente manejado, resultar a su vez tan ventajoso para nosotros como la adquisición de Fragmentos del Edén.

Ahora escribió en el tablero, bajo la segunda flecha, la palabra *Conocimiento*.

—Sin duda, estaréis pensando que la información *es* conocimiento. Pero los datos exigen un contexto para poder ser útiles. Por ejemplo, digamos que es un hecho probado que existe un lugar donde hay tierra, piedras, madera y agua. Cuando comprendemos que el agua es un océano, la tierra y las piedras aluden a una costa rocosa, y la madera representa los mástiles de un velero, le damos a esa información un contexto. Entonces, lo que antes eran simples datos se convierte en información que conduce a la constatación de que existe una alta probabilidad de naufragio.

—Tengo una agenda muy apretada, Simon —dijo Rikkin—. Intenta ir al grano, o si no habrá una alta probabilidad de que tu propio barco se vaya a pique antes de su viaje inaugural.



Las orejas de Simon se pusieron rojas, pero tuvo que reconocer que la metáfora era oportuna.

—Lo que quiero decir es que, si bien nuestras computadoras pueden descifrar todo esto, y ciertamente le hemos dado un buen uso a la tecnología, también debemos apreciar el valor del toque humano. Volveré sobre esta idea en un momento. Una vez que comencemos a utilizar el Animus no solo para datos e información, sino también para el conocimiento, con todos sus encantadores matices, mirad lo que se abre frente a nosotros.

Regresó a la pizarra y bajo la palabra *Conocimiento* escribió *Fragmentos del Edén*.

—Con la información sabemos el *qué*, suficiente para identificar un artefacto concreto, y el *dónde*. Pero con el conocimiento, sabremos *lo que hace, cómo se utilizaba* y... —escribió las últimas palabras remarcándolas—... *cómo arreglarlo*.

Sus compañeros miembros del Santuario Interior contemplaban la pizarra blanca con expresiones que iban desde la incredulidad al entusiasmo o la hostilidad manifiesta. La mayoría, sin embargo, al menos parecían interesados, y él se aferró a eso.

—Y ahora apliquemos el *Conocimiento* a los Asesinos —continuó Simon—. No solo sabremos *quién* era un Asesino en un determinado período, o *dónde* quizá localizar Asesinos hoy en día. Sabremos además *quiénes eran*, qué clase de personas. Sabremos lo que les importa a ellos y a la Hermandad Asesina, y tomaremos nota de cómo han cambiado a lo largo de los años. Conoceremos mejor cómo manipularlos. Cómo terminar con ellos. Y cuando comencemos a valorar el *conocimiento* como algo más que simples datos e información, es imposible imaginar hasta dónde pueden llegar nuestros descubrimientos. No sabemos lo que no sabemos, pero el potencial resulta asombroso.

Dio un paso atrás, contemplando lo que había escrito.

—Por supuesto, mantendremos estos objetivos como primordiales —aseguró trazando un círculo alrededor de la palabra *INFORMACIÓN* y los comentarios que la acompañaban—, pero, una vez que la pelota comience a rodar, podemos utilizar el Ani-

mus para ver las interrelaciones. Las pautas. Podemos redescubrir teorías perdidas, ideas, inventos. Desentrañar misterios de siglos de antigüedad, de una vez para siempre. Descubrir qué verdades subyacen tras los antiguos mitos, las leyendas y el folclore. Apuesto que todo esto y mucho más es posible, con la condición de que expandamos el propósito del Animus y abramos nuestras mentes.

—Eso es justo lo que estamos haciendo ahora —replicó Kilkerman con las manos cruzadas sobre su enorme vientre, mientras sus ojos dejaban de parpadear con humor—. Créeme, Simon, estamos prestando una detallada atención a lo que aprendemos.

—Sí, y podemos hacer mucho más con no demasiado esfuerzo.

—No nos hizo falta utilizar este método romántico y sentimental para exterminar virtualmente a nuestro enemigo hace quince años. —El desprecio en la voz de Stearns hizo que la habitación de pronto pareciera gélida.

—No, no hizo falta. Pero los Asesinos cada vez resultan más difíciles de localizar. Cada vez son más astutos, más creativos. Y nosotros también necesitamos serlo si queremos detenerlos.

—El tiempo es un recurso muy preciado —dijo intencionalmente Berg.

—Lo es —concedió Simon—, y debemos tener cuidado de cómo lo repartimos. Actualmente dedicamos una buena cantidad de tiempo a callejear buscando Fragmentos del Edén, cuando de hecho estamos en posesión de unos cuantos que ni siquiera entendemos o que, en cierto modo, están dañados. De esta manera, podríamos tanto estrechar nuestras experiencias del Animus como hacerlas más generales. Necesitamos señalar individuos que sabemos que poseen abundante ADN Precursor y...

—Eso ya lo estamos haciendo —indicó Gramática.

—A través de Abstergo Entertainment y el departamento de la doctora Nakamura, sí —replicó Simon—, personas que no

son Templarios, y no saben exactamente lo que están buscando. ¿Cuánto más efectiva sería una hora del Animus si uno de *nosotros* hiciera uso de él? Nuestro ADN es un masivo y actualmente inexplorado recurso.

»Una hora de nuestro tiempo podría encontrar soluciones a cosas en las que ni siquiera hemos pensado aún —continuó Simon—. Y por supuesto, también está el conocimiento por el conocimiento. Es imposible calcular el precio de algo así.

—Has hablado como un auténtico historiador —declaró Berg, y de alguna forma consiguió que la palabra sonara displicente. Sin poderlo remediar Simon se encrespó.

—Os lo demostraré —se oyó decir. Instantáneamente deseó no haber dicho aquello, pero ya estaba hecho y ahora las palabras flotaban en el aire como globos sin rumbo. *Perdido por perdido*, pensó, y respiró hondo—. Como sabéis, todos conocemos nuestros linajes. Yo tengo un antepasado que luchó en el ejército de Juana de Arco. Se cree que ella poseyó una de las Espadas del Edén... El Fragmento del Edén n.º 25, de acuerdo con el inventario. Yo sustento la teoría de que tal vez sea la misma que perteneció al propio Jacques de Molay.

—La que está en mi oficina —farfulló Rikkin. Y se volvió al resto del Santuario Interior—. Gran parte de su historia aún sigue siendo desconocida. Lo que sí sabemos es que una vez perteneció a De Molay, y más tarde cayó en manos del Gran Maestro François-Thomas Germain, durante la Revolución Francesa. El Asesino Arno Dorian se la quitó a Germain al matarle.

Simon asintió.

—Tengo intención de pasar yo mismo un tiempo en el Animus y confirmar que esa espada es la que una vez fue clasificada como el Fragmento del Edén n.º 25.

Rikkin se inclinó sobre la mesa, la fría taza de café en una mano y la barbilla descansando en la otra.

—La espada de De Molay resultó dañada cuando estaba en posesión de Germain. Cualesquiera habilidades que desplegase en su momento, ya no parece poseerlas.

—Repito que, con alguien de mis conocimientos en la silla, tal vez sea posible determinar cómo repararla si puedo verla en acción.

Una breve sonrisa curvó los labios de Rikkin.

—Está bien —dijo—. Llamémoslo una ronda de comprobaciones. Te dejaré seguir ese sendero de miguitas, Hathaway, y descubrir a dónde lleva. Si puedes ofrecerme resultados concretos en una semana, daré luz verde al giro en la dirección de tu departamento y asignaré los recursos apropiados.

El corazón de Simon se encogió. ¿Una semana? La sonrisa de Rikkin se amplió, como si pudiera leer en la mente del nuevo miembro Templario del Santuario Interior.

—Hecho —contestó, cuadrando los hombros.

—Excelente. —Rikkin depositó su servilleta sobre la mesa y se levantó—. Entonces más vale que te pongas a ello. —Seguramente existían mejores formas de terminar una reunión, pero en ese momento Simon no pudo pensar en ninguna—. Ah, y otra cosa, Simon.

—¿Sí, señor?

Rikkin y Kilkerman intercambiaron una mirada, como si ambos compartieran un secreto.

—Ya no es exactamente una «silla» —declaró Rikkin.

—¿Cómo dice? —preguntó Simon.

—Ya lo verás.